



**E**n un lugar de Tierra Ancha, de cuyo nombre no quiero acordarme, vivía un ratón alto, flaco y de largos bigotes, que por jugar tantos videojuegos y ver tantas películas de superhéroes, llegó a creer que era uno de ellos. Este ratoncito se llamaba Pascual, pero como se le había metido en la cabeza que era un superhéroe, consideró que debía cambiarse el nombre por uno más acorde con su nuevo estado.

—Ya está decidido —se dijo orgulloso y contento—. Seré Súper Ratón.

Sin embargo, la alegría no le duró mucho porque su hermana Ramona le vino con el cuento de que ese superhéroe ya existía. ¡Cómo molestaban las hermanas!

—*Okey*, en ese caso seré Don Pericote —dijo resignado—. Y mi arma será una espada láser más poderosa que la de la *Guerra de las galaxias*. Y tendré más fuerza que la de cualquier héroe conocido y por conocer.

De un cajón vacío de naranjas que estaba guardado en el depósito de su casa, Pascual sacó varios listones de madera para hacer la más poderosa espada láser y el escudo más resistente que se había hecho jamás. Los pintó



de verde y rojo —los colores característicos de Don Pericote— y ya casi estaba listo para la aventura.

Todavía le faltaba el traje, y eso era muy difícil de hacer, qué problema. Tuvo que pedirle a Ramona que por favor lo ayudara con el diseño y confección del traje de Don Pericote, cosa que ella pudo hacer sin mayores inconvenientes en un par de días. Y quedó perfecto.

¡Qué simpáticas que eran a veces las hermanas!

Lo único que le faltaba era un compañero. Así como Batman tenía a Robin, Don Pericote necesitaba a un fiel amigo que lo acompañara en las miles de aventuras que iba a tener.

—¿Y acaso Superman tiene un compañero? —preguntó Ramona terminando de coser las letras DP en el centro del traje.

¡Qué manera de molestar la de esta chica! Pero era verdad. Ni Superman, ni Flash, ni Ironman, ni el Capitán América tenían un compañero.

—No, no lo tiene —respondió Pascual un poco molesto—. Pero de hecho que es más divertido si se está acompañado. Y más seguro también.

Con el traje puesto, la transformación estaba completa: había nacido Don Pericote.



Pero necesitaba encontrar al fiel compañero de aventuras. Los candidatos no eran muchos: el castor Félix, la cebra Teresa, la jirafa Lucinda, el gato Leonardo, el perro Sebastián. Don Pericote les hizo innumerables preguntas, pruebas de destreza, exámenes de inteligencia y de rapidez mental. El elegido (contra todo pronóstico) fue el gato Leonardo, no exactamente por haber pasado todas las pruebas, sino porque al final fue el único realmente dispuesto a salir hacia lo desconocido para ayudar a los necesitados sin recibir mayor recompensa. Con doce o trece galletas para gato (o para perro, él no tenía muchas preferencias) y un par de *pizzas* de tomate y anchoas, Leonardo se daba por bien servido.

El gato Leonardo era gordo, grande, gordísimo. Comía *pizza* y galletas a toda hora. Su barriga era tan enorme que se le hacía un poco difícil caminar, y más todavía correr. Pero tenía muy claro que ayudar a los demás era lo más importante que podía hacer en la vida. Por eso no dudó ni un instante en ofrecerse para ser el compañero de aventuras de Don Pericote, el nuevo y extraordinario superhéroe.

—Tú serás Gato Panza —le dijo Don Pericote poniéndole la espada láser sobre la cabeza—. Tienes que prometer ser el gato más valiente de todo Tierra Ancha.

—Lo prometo —dijo lamiéndose los labios con su lengua enorme y roja como una fresa al sol—. Pero me ha dado

un poco de hambre... ¿Podemos ir ahora a una pizzería?

Ramona (después de que Pascual prometiera barrerle y ordenarle su cuarto por un mes) hizo también un traje de superhéroe para Gato Panza, un traje de color oscuro para disimular un poco la gordura de este felino personaje. Quedó perfecto. Don Pericote y Gato Panza ya estaban listos para la acción.

Aunque la mañana era un poco fría, los dos superhéroes salieron felices a buscar aventuras. Caminaron por la calle principal y alrededores, por parques y jardines, pero no encontraron a nadie que necesitara ayuda. Estaban un poco decepcionados. ¿De qué servían los superhéroes si no había nadie que los necesitara? Los niños jugaban a las escondidas y a la pega inmóvil; los más grandes, al fútbol o a la guerra entre animales y alienígenas. Todo estaba en calma, y eso ya aburría un poco. Eran casi las doce del día.

—Como todo está tranquilo por ahora, ¿qué tal si vamos a una pizzería, Pascualito? —dijo Gato Panza sobándose la barriga.

—Don Pericote. Mi nombre es Don Pericote, no te equivoques. Pascual está en su casa jugando videojuegos o viendo películas. Yo soy Don Pericote, el superhéroe





favorito de los niños, el más fuerte, el invencible, el más famoso de todo Tierra Ancha.

—Disculpa, Don Pericote, pero es que estoy con un hambre...

—Está bien, lo entiendo, Gato Panza. Me parece que por aquí cerca hay una pizzería...

No tuvieron que caminar mucho para encontrar «El yelmo de Mambrino», un restaurante muy conocido en Tierra Ancha por sus pastas y *pizzas* a la leña. Gato Panza pidió tres *pizzas* de tomate y anchoas; Don Pericote, unos fideos con salsa de queso roquefort. Comieron hasta que ya no pudieron comer más. Cuando el traje de Gato Panza estaba a punto de descoserse en la parte de la barriga, el mozo les entregó la cuenta.

—¡Doscientas monedas! —exclamó Gato Panza—. Yo no tengo ni un centavo.

—Yo tampoco, pero no te preocupes. Nosotros no tenemos que pagar nada.

—¿Cómo así?

—Somos superhéroes, Gato Panza. Los superhéroes no tenemos que pagar por esas cosas. ¿Acaso has visto alguna vez que Superman o Batman paguen por comer?

—No, pero...





—Además, tú sabes cómo son los trajes de los superhéroes... ¿Acaso tienen bolsillos? Piensa... ¿el traje de Ironman tiene bolsillos? ¿Y el del Capitán América?

—No, definitivamente no.

—Entonces... ¿dónde guardan la billetera, ah? Es clarísimo: no tienen billetera porque no la necesitan. Y no la necesitan porque no tienen que pagar nada, así que no te preocupes, Gato Panza. No vamos a tener ningún problema.

Don Pericote, seguido de su fiel compañero, caminó hacia la salida del restaurante. Estaban a punto de llegar a la calle, cuando el mozo (un perro bulldog que no aguantaba pulgas) los agarró del cuello con una fuerza descomunal.

—¿Adónde creen que van? —preguntó el perro a punto de dejarles en sus caras la marca de su enorme pata—. No han pagado las doscientas monedas que deben.

Inútiles fueron las razones de Don Pericote y Gato Panza: ese perro no creía en superhéroes. Los inseparables compañeros tuvieron que quedarse todo el día en el restaurante lavando platos, barriendo el comedor, trapeando la cocina.



Al día siguiente, después de un sueño reparador en casa de Pascualito —perdón, Don Pericote—, y un desayuno en el que Gato Panza se comió como cuarenta y cinco galletas para perro, los dos superhéroes salieron en busca de aventuras. Estaban felices, seguros de que ese día iban a salvar a doncellas en peligro, a niños indefensos, a animales hechos y derechos que pudieran necesitar su ayuda.

18

Después de caminar por los alrededores de la plaza principal, Don Pericote escuchó el llanto de una niña: el peligro estaba a la vuelta de la esquina. ¡Finalmente iba a poder demostrar su fuerza y destreza en la lucha! Guiado por su superoído, nuestro héroe corrió hasta llegar al origen del llanto. Gato Panza llegó dos minutos después.

—Esto es horrible —dijo Don Pericote—. Mira por esa ventana... ¿Lo ves? Un villano con traje blanco quiere acuchillar a esa pobre niña... Tenemos que hacer algo, Gato Panza, y ahora es cuando. ¡A matar o a morir!

—No, no, fíjate bien. Es el doctor Conejo que le quiere poner una vacuna a Angorita, mi prima menor. Está llorando porque a nadie le gusta que le pongan vacunas, nada más. Ahí está mi tía Biemblanca también, ¿la ves?

—Ay, Gato Panza, cómo se nota que no sabes nada de superhéroes. Ese villano tiene poderes mentales muy poderosos: te ha hipnotizado para que creas esa historia del doctor, pero la realidad es totalmente distinta, querido amigo. Felizmente mi escudo hecho de lava y dientes de